



CPO

*“La dimensión misionera de nuestra identidad
carismática en la Iglesia y el mundo de hoy”*

INSTRUMENTUM LABORIS

IX Consejo Plenario de la Orden

“La dimensión misionera de nuestra identidad carismática en la Iglesia y el mundo de hoy”

El logo

El diseño adopta un estilo geométrico-minimalista, pensado para ser versátil tanto en papel como digital. Los colores elegidos se alinean con la identidad gráfica del camino hacia el V Centenario de la Reforma Capuchina, garantizando una fuerte continuidad visual.

Cada elemento encierra un significado preciso:

- **Las siluetas y los colores:** Los dos frailes que se toman de la mano indican la “Colaboración Fraterna”. Las distintas tonalidades de marrón de los hábitos representan la universalidad y los diversos estilos de ser Capuchino.
- **La letra “M”:** El espacio negativo central entre las dos figuras forma una “M”, símbolo de la Misión.
- **El cordón en arco:** Este elemento que abraza la composición representa la fraternidad universal y el tema dedicado a las Fraternidades internacionales San Lorenzo de Brindisi.
- **Los textos:** Las siglas “IX” y “CPO” se insertan para anunciar el evento de modo inequívoco.

Comisión preparatoria del IX CPO

SUMARIO

Logo

Presentación

La misión en la Orden

1. Una clave hermenéutica
2. Deseo de misión: la vitalidad del carisma
3. El puesto real dado a la misión: disponibilidad y límites
4. Las razones que limitan la apertura misionera
5. Perspectivas: el carisma misionero y su transmisión profética
6. El despertar de la pasión misionera: de la teoría a la práctica

La Colaboración Fraterna en la Orden

1. Introducción
2. Corazón latiente de nuestra identidad
3. Más allá de las fronteras. La profecía de la colaboración fraterna
4. De la formación a la misión
5. De la lógica de la emergencia a la cultura de la sistematicidad. Líneas guía para la Orden
6. Análisis de las experiencias, de las condiciones y los temores de los frailes frente a la llamada universal
7. La Colaboración como fruto de vida
8. Conclusión

Las Fraternidades San Lorenzo de Brindisi en la Orden

1. Introducción
2. La idea de las FSL y cómo fue comprendida por los hermanos en la Orden
3. Frutos ya visibles y frutos esperados para el futuro de la Orden
4. Riesgos, dudas y desafíos que es necesario tomar en consideración
5. Perspectivas de las FSL para reavivar nuestro carisma en la Orden
6. Las FSL en el próximo CPO: taller práctico para vivir la misión y colaboración en la Orden

Presentación

Vivimos un tiempo de gracia. Después de haber celebrado los diversos centenarios franciscanos, estamos en camino hacia el V centenario de la Reforma Capuchina. Se ha elaborado un programa intenso para ayudarnos a vivir este momento histórico como una ocasión propicia para una renovación espiritual. Dicha renovación está motivada por el hecho de que somos una Reforma siempre en reforma. En este camino queremos reavivar nuestra identidad carismática y continuar siendo para el mundo, en el corazón de la Iglesia, una voz profética a partir de los valores de nuestra espiritualidad y de nuestro carisma.

En este itinerario hacia los 500 años de nuestra Orden, entre los numerosos eventos preparatorios, se encuentra la convocatoria del IX CPO, cuyo tema central es la Misión. Volver a proponer este tema, dado que el III CPO en 1978 ya se ocupó del mismo, nace de la conciencia de que el mundo, la cultura y el proceso de evangelización de la Iglesia han cambiado notablemente. También la Orden ya no es la misma; basta pensar en el número de frailes y en su distribución geográfica.

Con vistas al IX CPO se constituyó una Comisión preparatoria. Se pensó en una comisión algo pequeña, pero que en los trabajos preliminares tuviera en cuenta todas las áreas en las que estamos presentes, primero a través de los Consejeros generales y luego consultando a los hermanos de todas las Conferencias. El primer trabajo de la comisión fue encontrar un modo de escuchar a todos los frailes. Se elaboraron tres breves textos sobre la Misión, la Colaboración y las Fraternidades San Lorenzo, cada uno acompañado de un cuestionario que debía ser completado y enviado a la Comisión.

Había tres modos de responder a las preguntas: como Circunscripción, como fraternidad y también de manera individual. De este modo, el material que llegó a la comisión fue muy abundante, mostrando una gran participación de toda la Orden. Estadísticamente, estos son los números: respondieron a los cuestionarios 59 Circunscripciones, 118 fraternidades y 31 frailes a título personal.

La Comisión, en estrecha colaboración con las oficinas de Misión, Formación, Comunicación y Estadística, realizó un primer análisis de todo el material recibido, proponiendo una síntesis que recogiera la información y las ideas enviadas. A partir de esta síntesis, la Comisión elaboró luego un *Instrumentum laboris*.

El *Instrumentum laboris* es un texto que recoge la voz de los hermanos sobre los temas que tratará el IX CPO. Se trata de un texto sintético que busca ser lo más fiel posible al material recibido y, al mismo tiempo, ofrecer puntos de reflexión que ayuden en el proceso de preparación del IX CPO. No se trata de propuestas, que serán tarea del propio CPO, sino más bien de una síntesis de lo que los hermanos piensan sobre el tema central del encuentro, planteando algunas cuestiones, desafíos y esperanzas, presentadas también con opiniones

contrastantes o incluso incómodas, pero que ayudarán a reflexionar más profundamente y a prepararse de manera más adecuada para este gran evento de nuestra Orden.

Con el *Instrumentum laboris* devolvemos a toda la Orden el sentir de los frailes expresado en las respuestas a los cuestionarios. Sin embargo, no queremos que este material quede solo como un texto informativo. Se trata de un instrumento de trabajo con la intención de seguir implicando a todos los hermanos en la preparación del IX CPO. Por este motivo, pedimos a las Circunscripciones que organicen en cada fraternidad al menos un Capítulo local para reflexionar sobre este material. Y, si surgiera algún nuevo aporte considerado importante para el CPO, la Circunscripción podría hacerlo llegar a los delegados de la Conferencia que participarán en el evento.

A los Delegados que participarán personalmente en el IX CPO se les pide un estudio profundo del *Instrumentum laboris*. No solo de este instrumento, sino también de todo el material que la Orden ya posee sobre los temas de la Misión, la Colaboración y las Fraternidades San Lorenzo. Esto les permitirá llegar bien preparados al CPO para ofrecer una reflexión inteligente, madura y clara, que se concretará en las propuestas elaboradas durante el encuentro en Roma el próximo mes de octubre.

La misión en la Orden

1. Una clave hermenéutica

"Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19-20).

"En nuestra Fraternidad apostólica, todos estamos llamados a llevar el gozoso mensaje de la salvación a quienes no creen en Cristo en cualquier continente o región donde se encuentren; por eso nos consideramos todos misioneros." (Cost 176,1).

"El aporte específico de la actividad misionera del capuchino se concretiza mediante la coherencia personal y comunitaria con nuestro carisma de Hermanos y de Menores, que consiste en encarnar existencialmente el Evangelio revelando, con alegría y sencillez, el amor del Padre hacia los hombres. Ser auténticos para ser creíbles" (III CPO, 12).

2. Deseo de misión: la vitalidad del carisma

Premisa: el deseo misionero está vivo en la Orden y, para la mayoría de los frailes, es el alma misma de la vocación capuchina. La misión no es solo parte fundamental de la acción pastoral de la Orden, sino del ser mismo del fraile capuchino. Ser capuchino es ser misionero. Intentemos hacer una síntesis de las respuestas sobre el *Deseo*.

"Nuestra Orden acepta como tarea propia el compromiso de la evangelización, que pertenece a toda la Iglesia, apreciando la actividad misionera y asumiéndola entre sus principales cometidos apostólicos, para contribuir a la renovación y la edificación del Cuerpo de Cristo" (Const 175,5).

De las respuestas recibidas es evidente que la gran mayoría de los frailes alimenta el deseo de misión y reconoce que la misión es parte esencial del carisma de la Orden. Para muchos hermanos, la misión es la razón de ser de su propia vocación. En efecto, cerca del 65% expresa un profundo y radical deseo misionero: ven su vocación como respuesta misionera a la llamada de Dios. Para estos frailes, la razón de ser misioneros se encuentra en la necesidad y en el mandato evangélico de acercar a Cristo a la humanidad y la humanidad a Dios. La motivación es, por tanto, teológico-bíblica, es decir, cumplir el mandato del Señor que dice: «Vayan por todo el mundo y proclamen el Evangelio a toda criatura» (cf. Mc 16,15).

Cerca del 25% de los frailes alimenta el deseo misionero y ve su vocación como una llamada a la misión. Al mismo tiempo, estos hermanos, aun siendo conscientes de que la misión es parte fundamental de la identidad capuchina, reconocen también las condiciones que terminan por frenar este deseo, como por ejemplo la preocupación por el mantenimiento de las estructuras, una formación casi enteramente centrada en la dimensión ministerial sacramental y un estilo de vida muy acomodado.

Solo el 10% de los frailes, aun reconociendo la importancia de la dimensión misionera de la Orden, no se siente llamado a la misión. Para ellos la misión es una llamada específica y personal; reconocen la necesidad de un despertar misionero, pero al mismo tiempo no se muestran disponibles para participar en la misión como misioneros. Aquí emerge la falta de sentido de pertenencia por parte de algunos hermanos –y también de algunas Circunscripciones– con respecto a la vida misionera de la Orden.

En las respuestas aparecen dos motivaciones fundamentales en relación con el deseo misionero: la obediencia al mandato de Cristo (motivación teológica) y la práctica de la caridad hacia los pobres (motivación carismática). A través de la obediencia se realiza la voluntad de Dios, lo cual exige una escucha atenta de la voz del Señor, es decir, una vida de oración e intimidad con Dios. En el servicio a los más pobres se transmite esa dimensión fundamental del carisma franciscano-capuchino en la que la vida de pobreza se traduce en una verdadera donación libre y generosa. Por la obediencia evangélica se va "donde nadie quiere ir"; por la pobreza se vive "pobres entre los más pobres". Tal pobreza permite a la obediencia ser un acto verdaderamente libre y no se reduce al cumplimiento de un acto de legalidad canónica.

El mandato de la obediencia evangélica –ir a todas partes, especialmente entre los más necesitados– sigue estando muy presente en el imaginario y en la vida de fe de los frailes. Lo mismo puede decirse del carisma de la Orden en su dimensión de ejercicio de la caridad, especialmente hacia los más necesitados. La misión sigue siendo vista por la mayoría en esta estrecha relación entre anuncio del Evangelio, pero un anuncio acompañado por la acción concreta, es decir, el cuidado de los más pobres.

Muchos frailes reconocen que el carisma capuchino nace itinerante. La misión es vista como la identidad del fraile capuchino, inseparable de su vida espiritual y fraterna. De hecho, la misión es entendida en estrecha relación con la vida espiritual desde su génesis. Para muchos hermanos nace del encuentro personal con Dios. La obediencia es escucha y abandono a la voluntad de Dios. De este modo, la misión no es nunca un proyecto personal en el sentido de autorrealización, sino una llamada y una respuesta.

Otro factor que muchos frailes perciben como estrechamente ligado a la misión es la vida fraterna. Este aspecto ya distingue la misión de la Orden de la de otros Institutos. Es en la fraternidad donde se alimenta el deseo de misión. Es desde la fraternidad que el deseo misionero recibe su credibilidad. Una vida fraterna débil desacredita el impulso misionero («predicar con el ejemplo»). Aquí entra en juego el aspecto del testimonio: se anuncia al mundo aquello que se vive. La misión capuchina –que es un envío a proclamar el Evangelio– requiere una auténtica coherencia entre el anuncio y la vida concreta. Por eso, según la mayoría de los frailes, el testimonio debe ser la base de la acción misionera. Es el testimonio el que ofrece credibilidad al Evangelio. De este modo, la fraternidad como comunión con Dios, con los hermanos y con toda la creación, se convierte en el primer acto misionero, el primer mensaje que comunicar al mundo. Es aquí donde toda acción pastoral de evangelización, sacramental o no, debe tener su punto de partida.

Aunque el deseo de misión es algo realmente vivo en la Orden, para muchos hermanos no está del todo claro qué se entiende por Misión. Se comprende que en algunas zonas del mundo el contexto sigue siendo el de la primera evangelización, es decir, llevar la fe; pero en otro contexto, como el europeo occidental, se trata de reavivar la fe, ya que se trata de un mundo descristianizado. Sin embargo, en ambos contextos la vida fraterna aparece como una exigencia primaria para la misión. Esta falta de claridad es aún más evidente cuando se trata de las diversas actividades realizadas dentro de las Circunscripciones. Para algunos hermanos, todo el servicio que los frailes realizan a nivel pastoral y fraterno es misión. Para otros, la misión se entiende como servicio más allá de las fronteras o al menos fuera del ámbito geográfico de la Circunscripción, o bien en áreas donde los desafíos económicos, políticos, sociales y eclesiales son muy evidentes y agudos. Además, hay frailes que ven nuevas formas de vivir la misión en los países «descristianizados»: salir al encuentro de quienes, estando a nuestro lado, no conocen a Cristo, la presencia y el diálogo, la lucha contra las injusticias.

La gran mayoría de los hermanos reconoce el deseo de misión, pero muchos también ponen de relieve los límites que a menudo inhiben este deseo. La Orden sueña en grande, pero por diversas razones se siente frenada. El deseo no falta, pero faltan los recursos para llevar a cabo lo que se desea. Por ello, uno de los grandes desafíos del IX CPO será precisamente este: en primer lugar, aclarar qué se entiende por misión y, luego, indicar los medios para que aquello que es deseo no sea solo un sueño, una idea, sino que se convierta en una realidad concreta. De este modo, el IX CPO debe impulsar a la Orden para que el deseo misionero encuentre los medios para hacerse operativo y la Orden continúe ejerciendo su dimensión misionera, que casi todos reconocen como parte fundamental de su carisma.

3. El puesto real dado a la misión: disponibilidad y límites

Premisa: el contexto actual nos pone ante un desafío: vivir la fidelidad dinámica al carisma frente a obstáculos que terminan por impedir el impulso misionero. Ante esto, los frailes han sido interrogados sobre el lugar real que ocupa la misión en nuestra vida. Intentamos aquí sintetizar las respuestas teniendo en cuenta el lugar dado a la misión en nuestras realidades concretas.

«Por lo tanto, esforcémonos en escuchar y no hacer ineficaz el mandato misionero del Señor, sabiendo que toda persona tiene el derecho de escuchar la buena noticia de Dios para realizar en plenitud la propia vocación» (Const 176,4).

“Las Provincias, por su parte, deben repensar honradamente sus compromisos apostólicos desde la perspectiva de la realidad misionera. La misión, dondequiera y comoquiera que se dé, ha de estar en el corazón de la Provincia” (III CPO 34).

Desde el punto de vista hermenéutico, no todo está muy claro en cuanto a la comprensión de lo que hoy se entiende por misión; lo que en el pasado era muy claro, hoy lo es menos. La falta de claridad favorece concepciones muy variadas y diversas entre sí. El modo en que se comprende la misión depende mucho del lugar que esta ocupa, tanto en la vida personal de

cada hermano como dentro de una fraternidad o de toda la Circunscripción. Desde un punto de vista teórico se entiende que la misión es parte fundamental del carisma, pero desde un punto de vista práctico, en algunas partes de la Orden, todavía se limita a ser una opción personal o una actividad secundaria. También en este caso no está muy claro qué se entiende por misión, si se trata de un modo de hacer o de un modo de ser.

Aunque muchos frailes reconocen que la misión es parte fundamental del carisma de la Orden, constatan también que en muchos lugares no ocupa un lugar central. Aquí es necesario distinguir la misión como servicio *ad intra* y *ad extra*. Para algunos frailes, esta última parece ser un servicio para frailes especiales (los misioneros), mientras que la primera está directamente vinculada a las diversas actividades y servicios que los frailes realizan dentro de sus Circunscripciones. Por este motivo, la misión es entendida por algunos como una opción personal o incluso como una vocación particular dentro de la vocación capuchina.

Frente a las urgencias y a las necesidades pastorales locales, la misión, en muchas partes de la Orden, se vuelve secundaria para la mayoría de los frailes. Se da prioridad a las necesidades locales, sosteniendo que también las actividades pastorales locales son misión. En este caso, la misión como disponibilidad para partir y servir en otras realidades fuera del ámbito ordinario de la Circunscripción asume un papel secundario. Aquí encontramos una dicotomía entre teoría y práctica. Desde el punto de vista teórico, la misión es el corazón del carisma capuchino, pero desde el punto de vista práctico, en diversas realidades, se la relega a un segundo plano. Son muchas las razones por las cuales, en distintas partes de la Orden, la misión no es entendida como una prioridad. Entre los motivos más relevantes se encuentran los factores estructurales.

El mantenimiento de las parroquias y la gestión de las estructuras de la Diócesis y de la Orden aparecen como la causa principal que dificulta asumir la misión como una prioridad. Tales estructuras terminan por absorber todo el compromiso de los frailes, no permitiéndoles una mayor apertura misionera. Otro límite práctico señalado por muchos frailes es la escasez de personal y el envejecimiento. Donde el número de frailes es limitado, la gestión de las estructuras ya existentes acaba por absorber todo el tiempo y las energías de los frailes. Estas son causas reales y concretas.

A un nivel más teórico, las respuestas señalan también algunos obstáculos que dificultan la apertura misionera, como por ejemplo la falta de visión y de sinodalidad. Esta carencia refleja un cierto "narcisismo pastoral". El encerrarse en sí mismos termina por impedir a una Circunscripción abrirse de manera más espontánea a la vida misionera. Esto vale para la Circunscripción como institución, pero también para los frailes como individuos.

A nivel espiritual se constata asimismo el reconocimiento de un marcado cansancio por parte de muchos frailes y de una pérdida de horizonte. Todo ello está motivado por una clara resistencia a salir de la zona de confort. Por comodidad se entiende no solo una vida en la que no falta nada, donde cabe preguntarse si aún se vive una pobreza franciscana, sino también un

cierto conformarse con lo que se hace normalmente, cuando se está tan habituado al propio modo de actuar que cambiar parece algo demasiado exigente. Aunque la misión no es una consecuencia de la minoridad, la falta de esta puede obstaculizar la apertura y la realización del deseo misionero. Aquí entra en juego el dato de la fe: parece que nuestra seguridad ya no está en el Evangelio que dice: «No lleven nada para el camino» (Lc 9,3; Mc 6,8) y en el Salmo: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (Sal 23,1), sino en las piedras y en los claustros de nuestros conventos, es decir, en nuestras estructuras consolidadas.

4. Las razones que limitan la apertura misionera

Premisa: los desafíos se presentan como un riesgo serio que puede frenar el entusiasmo misionero, transformando la Orden en una rígida institución de conservación. Tratamos de sintetizar las respuestas que nos hablan de la Motivación.

«El hermano menor acepta las nuevas realidades históricas en pobreza espiritual, con fe en la Providencia y con serenidad, pero también con mirada crítica, y reacciona con audacia profética, de ser necesario, porque conserva la libertad de los hijos de Dios y no conoce el miedo» (III CPO 20).

Los frailes señalaron muchas razones por las cuales el entusiasmo misionero termina siendo limitado. Desde el punto de vista personal, entre los desafíos se encuentra el miedo a lo desconocido. Muchos frailes temen el encuentro con otras culturas y también la necesidad de aprender una nueva lengua, ya que esto puede significar un fracaso personal con consecuencias para su Circunscripción. Aquí algunos reconocen que la falta de motivación a menudo es causada por la falta de una auténtica vida de oración, especialmente la oración mental. El individualismo es otro factor que impide la apertura y la disponibilidad misionera. Por último, los problemas de salud: para algunos hermanos, el sueño misionero termina siendo obstaculizado por la fragilidad de la salud física.

Desde el punto de vista estructural, en las respuestas se encuentra que los mayores desafíos que obstaculizan la apertura misionera son: la prioridad de mantener las estructuras, el número reducido de frailes en muchas Circunscripciones, la edad avanzada de muchos hermanos y también el clericalismo y el provincialismo. Estos son los factores principales que terminan por obstaculizar la apertura y la disponibilidad misionera en muchas Circunscripciones. Tal situación se constata no solo en el viejo mundo, Europa, sino también en muchas Circunscripciones nacidas de la acción directa de los misioneros europeos. En muchas partes, el provincialismo y el clericalismo, por ejemplo, han sido casi una consecuencia del modo en que se ha llevado a cabo la misión. Los misioneros, considerando las exigencias de la Iglesia local, han implementado un estilo de misión que no ha tenido seriamente en cuenta lo que podríamos llamar el "carisma de la Orden". De hecho, en muchos lugares la preocupación principal, prolongada durante un largo período, no ha sido la *implantatio Ordinis*, sino la *implantatio Ecclesiae*.

Desde el punto de vista formativo, muchos reconocen que la falta de una formación misionera específica es un factor que obstaculiza la apertura misionera. Junto a la carencia de formación académica, falta también la oferta de auténticas experiencias concretas de misión. Se reconoce que la formación, en muchas partes de la Orden, se ha vuelto demasiado académica y casi enteramente orientada a los ministerios ordenados y a las actividades pastorales parroquiales; pero una formación con un estilo marcadamente seminarístico no es coherente con el carisma de la Orden.

Existen también otros límites, como por ejemplo las barreras lingüísticas, las dificultades económicas, las preocupaciones por la seguridad y los casos de discriminación. No todos los hermanos que alimentan el deseo misionero se sienten capaces de aprender una nueva lengua y esto termina por frenar la apertura misionera. Las dificultades económicas están vinculadas al sostenimiento de las misiones asumidas por determinadas Circunscripciones. En algunas regiones donde los conflictos político-religiosos están acentuados, hay miedo o cautela. Este es el caso de algunas realidades, especialmente en la India o en África. Los prejuicios y la discriminación provienen a veces de quienes acogen al misionero y reflejan una falta de comprensión y aceptación de la interculturalidad.

Otro factor son las barreras políticas y sociales. La inestabilidad política, causada por amenazas de guerra, conflictos religiosos y políticas contra la inmigración, como en el caso actual de los Estados Unidos, termina por convertirse en un desafío que limita la apertura misionera tanto a nivel institucional como personal. Tales factores terminan siendo motivos de justificación para continuar permaneciendo cerrados y tratar a toda costa de mantener las estructuras, sean físicas, pastorales o mentales. Se habla de un "declive gestionado", donde la misión, para algunas Circunscripciones, no es más que un intento de "tapar agujeros" y no una ocasión para un nuevo impulso, una renovación de la vida misma de la Circunscripción.

En relación con las dificultades en la acción misionera, de las respuestas se desprende que la Orden presenta una realidad diferenciada. Mientras que en América del Norte los límites señalados reflejan una realidad económica muy confortable que inhibe el deseo de partir, pero una realidad política inestable, especialmente en lo que respecta al tema de la inmigración, en América Latina, las problemáticas suelen ser el resultado de una mentalidad excesivamente clerical con un estilo formativo muy similar al diocesano, en el que el formando es preparado casi exclusivamente con vistas a los ministerios ordenados.

Mientras que en Asia, especialmente en India, en un contexto religioso fuertemente marcado por el hinduismo, el desafío es posicionar la propia identidad en un contexto multirreligioso, en Europa el contexto de la reevangelización aparece como un campo de acción urgente, interactuando con una cultura claramente resistente a lo que proviene de otros mundos: son frecuentes los casos en los que se observa discriminación y falta de una verdadera acogida. En muchas respuestas se percibe que el factor cultural es determinante. En este marco se observan algunas polaridades: un enfoque cultural muy relativista, donde se

tolera la cultura del otro, o bien asimilacionista, caracterizado por la indiferencia, en lugar de un enfoque propiamente intercultural, hecho de aceptación y diálogo.

Para algunos también es importante considerar la tipología familiar de la cultura actual. Se trata de una observación sociológica que sostiene que el entorno familiar moderno ya no ofrece una base sólida para madurar el sentido de un compromiso definitivo y radical. Los jóvenes tienen dificultades para tomar decisiones radicales y definitivas. Esto tiene una fuerte incidencia cuando se debe tomar la decisión de partir en misión y colaborar con otras realidades más exigentes.

En general, los mayores desafíos que obstaculizan la apertura misionera parecen ser el clericalismo, el provincialismo y la dependencia de las estructuras. Una formación impartida en un contexto de este tipo difícilmente permitirá a los frailes cultivar el espíritu misionero y terminará por legitimar esa dicotomía entre comprensión teórica y disponibilidad práctica.

5. Perspectivas: el carisma misionero y su transmisión

Premisa: es necesario y urgente afrontar los límites y ofrecer los medios para que el carisma misionero no sea solo un deseo o una teoría, sino que se convierta en voz profética en el mundo de hoy. Tratamos de sintetizar las respuestas que se refieren a la idea de Perspectiva.

«Los ministros promuevan entre los hermanos el amor y el espíritu de cooperación por medio de la labor misionera, de manera que todos, según la condición y capacidad de cada uno, satisfagan este deber en fraterna relación con los misioneros, rogando por las nuevas Iglesias y en unión con ellas, y suscitando el interés del pueblo cristiano» (Const 178,6).

Muchos frailes señalaron que existen muchos modos de transmitir la belleza de la vida misionera y de fomentar una apertura y disponibilidad cada vez mayores hacia la misión. El mayor consenso se refiere al testimonio de quienes son o han sido misioneros en otras tierras. La presencia de misioneros en las casas de formación es un valor muy positivo. Sin embargo, también hay quien dice que es necesario prestar atención, porque algunos, según sus experiencias, pueden desalentar el deseo misionero.

Otra iniciativa indicada es la de ofrecer a los jóvenes frailes experiencias de corta duración en los lugares de misión, especialmente durante el período de vacaciones. Sin embargo, algunos ponen de relieve que no se trata de ofrecer un "turismo" misionero, sino de favorecer un despertar vocacional. También las misiones populares son señaladas como medios eficaces para despertar y cultivar la vida misionera.

Algunos subrayan que la fraternidad puede tener un papel importante en esta dirección, cuando es vista como una "Escuela de Misión". Según ellos, si la dimensión o sensibilidad misionera no se experimenta dentro de la fraternidad, será muy difícil cultivar el espíritu misionero y la disponibilidad para ir a otras tierras o lugares de misión. Es en la fraternidad donde se aprende a ser don, a hacerse ofrenda para los demás. Se aprende que el verdadero sentido de la vida está en la ofrenda que cada uno hace de sí mismo y no en lo que podemos

recibir como recompensa. Se aprende que la lógica que gobierna nuestra vida es la de la autodonación y no la de la autorrealización. En las casas de formación interprovincial, la vida en fraternidad se convierte en un taller de interculturalidad.

Algunos ponen de relieve que la formación intelectual debe ofrecer las bases para la identidad misionera. Por esto es fundamental ofrecer cursos sobre la historia misionera de la Orden y sobre misionología en general. La formación, que en muchos ámbitos es demasiado seminarística, debe ofrecer espacios adecuados para que los hermanos sean formados en el carisma de la Orden y puedan cultivar la disponibilidad misionera.

Y muchos insisten en que, junto a una sólida formación intelectual, es necesario que los hermanos tengan también la posibilidad de realizar experiencias auténticas en las "periferias humanas". El servicio a los más pobres, a los marginados y a las personas vulnerables durante la formación inicial es fundamental para encender el deseo misionero. Según ellos, tales experiencias concretas ayudan a aceptar la llamada de Dios a servir donde la Orden tiene más necesidad, especialmente dando testimonio del carisma capuchino entre los más pobres. Esto ayuda de manera decisiva a ser formados en los valores de la vida de la Orden y a no acomodarse en zonas de confort.

Existe un amplio consenso en recomendar que toda la formación esté orientada sobre la base de los valores fundamentales del carisma capuchino. Entre estos valores se encuentran el testimonio de vida fraterna y la apertura a lo universal, la minoridad y la simplicidad, la oración y la vida espiritual, el espíritu de servicio y de cercanía a los más pobres. Es necesario enseñar con claridad que la consagración religiosa es una entrega radical e incondicionada para hacer la voluntad de Dios y no la propia. La apertura misionera depende en gran medida de la comprensión que se tenga de la propia entrega a Dios.

Algunos indican que la falta de proyectos claros y el individualismo son realidades que terminan por dificultar la disponibilidad misionera. Otras dificultades señaladas son la falta de acompañamiento y de valoración de aquellos que manifiestan disponibilidad y tienen la idoneidad para la misión. Esta falta de valoración es casi siempre el resultado de un contexto pastoral funcional, donde la vocación se reduce a una función. Si la formación prepara solo para ser agentes pastorales o párrocos (clericalismo), el impulso misionero termina por morir.

También se indica que, allí donde ya existe entusiasmo misionero, es fundamental alimentar este deseo. No se puede insertar a los jóvenes con deseos nuevos en estructuras o mentalidades viejas y rígidas que no permiten la creatividad misionera. Además, se señala que no todas las fraternidades se esfuerzan por dar testimonio de la fuerza y la belleza de la consagración religiosa viviendo su propio carisma. Una comunidad que vive de manera relajada o que carece de una verdadera responsabilidad fraterna no estimula a los más jóvenes hacia la apertura misionera.

Para algunos, la principal fragilidad reside en el riesgo de transformar la formación en un camino demasiado protegido y paternalista, fijo y no dinámico, que no prepara al joven fraile

para la disponibilidad radical que exige el carisma capuchino. Para estos, el deseo misionero se debilita cuando la formación se convierte en un "itinerario protegido" separado de la realidad y de los riesgos que esta comporta. Por el contrario, se fortalece cuando el fraile es puesto en condiciones de "ensuciarse las manos", de participar en la realidad concreta de los más pobres, de encontrarse con testimonios que viven el Evangelio con alegría y sin pretensiones.

El contacto directo con realidades que presentan grandes desafíos, como la pobreza, los límites a la profesión de fe en algunas zonas del mundo, la situación de los inmigrantes en muchos países y los desafíos culturales, son oportunidades para despertar el espíritu misionero. Algunos insisten en que la realidad concreta del sufrimiento puede despertar el deseo misionero como compromiso solidario al servicio de quienes más sufren. Según ellos, es necesario romper con la rigidez de algunas estructuras y favorecer el entusiasmo en favor de estas nuevas fronteras misioneras del mundo de hoy. Salir de estructuras cómodas y bien protegidas e ir en medio de los pobres y marginados significa pasar de una mentalidad de mantenimiento a una mentalidad de apertura. Este paso no es posible sin un proyecto.

Un grupo significativo de frailes sostiene que es necesario repensar la estructura formativa en la Orden mirando al futuro. El proceso formativo debe considerar seriamente que la vocación de un fraile no debe limitarse nunca a funciones específicas, es decir, ser párroco, administrador de estructuras o estudiante. Para estos, es fundamental formar en el carisma de la Orden, considerando la vida fraterna minorítica, y especialmente la pobreza, como parte esencial del carisma. De hecho, algunos frailes observan que, en muchas partes del mundo, aunque se dispone de una *Ratio Formationis* muy bien elaborada y clara, el estilo formativo todavía no es coherente con el espíritu de la Orden. En muchas circunscripciones, el estilo ofrecido corre el riesgo de ser más una "domesticación" que un "envío". De este modo se prepara para la conservación y no para la apertura misionera, y no se llega a estar disponible para ir donde nadie quiere ir.

6. El despertar de la pasión misionera: de la teoría a la práctica

Premisa: es necesario repensar el proceso formativo inicial y permanente para ofrecer las condiciones necesarias a una vida misionera capuchina eficaz. Es tiempo de despertar la Reforma, siempre en reforma, con el fin de mantener la fidelidad a su identidad carismática. La palabra clave aquí es Despertar.

"Los hermanos que, por divina inspiración, se sienten llamados a la labor misionera en otra región donde es necesario el primer anuncio, el apoyo a las Iglesias jóvenes o donde es urgente la nueva evangelización, manifiesten su deseo al propio ministro" (Const 178,1).

La gran mayoría de los frailes coincide en que el celo misionero debe ser despertado muy pronto, desde la pastoral vocacional. Es necesario enseñar al candidato a nuestra vida que somos una Orden misionera por naturaleza. La misión no es un accesorio, un servicio entre otros, sino el horizonte en el que vivimos nuestra identidad carismática.

Según muchas respuestas, en la formación inicial la preparación para la misión, además de ser un tema que debe tratarse mediante estudios y encuentros formativos, que incluyan también programas de misionología, ecumenismo y diálogo interreligioso, debe prever también experiencias misioneras concretas. No basta conocer los documentos de la Orden y sus exigencias misioneras; es necesario ofrecer una experiencia formativa que proporcione las condiciones necesarias para despertar y alimentar el espíritu misionero.

Para algunos, es también útil que la formación sea interprovincial. El contacto directo, ya en el período formativo, con otras realidades, incluso dentro del mismo país o de la misma Conferencia, permite ser formados con un horizonte más amplio y salir de los límites del provincialismo que tanto obstaculiza la apertura misionera. Por ello, se pide que durante el proceso formativo se promuevan iniciativas que ayuden a despertar el interés por la vida misionera, como por ejemplo jornadas misioneras, experiencias en zonas de misión, intercambios en otras realidades fuera de la Circunscripción, Fraternidad San Lorenzo de Brindisi.

Algunos recuerdan que las Circunscripciones deben tener un Secretariado para la animación misionera, y que dicho Secretariado no debe limitarse a la acción misionera directa, como por ejemplo la ayuda económica y el cuidado de los misioneros y de la misión ya existente fuera de la Circunscripción. El objetivo de un “Secretariado de misiones” incluye también la promoción misionera dentro de la Circunscripción.

Algunas respuestas recuerdan que, para favorecer el despertar misionero, es necesario rezar por las misiones, por los misioneros e implicar a toda la Circunscripción en esta dinámica. Sin crear la conciencia de que la misión es parte fundamental del carisma capuchino, será muy difícil crear una cultura misionera y, por tanto, superar los límites que impiden un impulso misionero según el carisma de la Orden.

Junto a la oración, al apoyo económico a los misioneros y a las obras en las llamadas “tierras de misión”, y a la sensibilización en el propio territorio, algunos subrayan que es fundamental que nuestras realidades fraternas, nuestra vida concreta, sean coherentes con los valores del Evangelio y con el carisma de la Orden. Ambientes sencillos que transmiten la pobreza franciscana, el contacto con los más pobres, una formación inicial y permanente que considera la misión como parte fundamental del carisma, todo ello hace posible vivir una realidad que ayuda a despertar el interés por la misión.

Es muy importante considerar la misión en sus diversos aspectos y estilos. Se percibe una tensión en las respuestas: por un lado, existe el riesgo de romantizar las antiguas misiones sin conectarlas con los desafíos del presente; por otro lado, existe el intento de olvidar la forma antigua de misión y asumir los nuevos desafíos como la forma moderna de hacer misión. Para muchos, el modelo antiguo, el de enviar misioneros a tierras lejanas, es un modelo superado que, por diversas razones, ya no responde a las exigencias del presente. Para otros, en cambio,

el modelo de misión sigue siendo el antiguo, con el supuesto de que la misión, siendo una vocación específica, no puede implicar a todos.

Quizás será fundamental considerar las diversas formas de modo integrador y no excluyente. Hoy los desafíos y los modelos de misión deben ser considerados según las necesidades locales. De algunas respuestas se desprende que en Estados Unidos y en Europa el contexto es más bien el de "recibir". La necesidad es, por tanto, que sean enviados misioneros para colaborar con las Circunscripciones en disminución, y también para actuar en el ámbito pastoral, por ejemplo con los inmigrantes. En otros continentes como Sudamérica, África y parte de Asia, especialmente la India, se puede hablar de colaboración: por un lado, el envío de frailes a áreas donde la Orden está disminuyendo; por otro lado, consolidar las raíces de nuestro carisma para expresar mejor la identidad de la vida capuchina (algunos recuerdan que en muchos lugares nuestra presencia se ha afirmado con el modelo de la *implantatio Ecclesiae*, descuidando la *implantatio Ordinis*). En cualquier caso, es necesario hacer propio el valor de fondo de la itinerancia como parte del carisma.

Mientras que en el antiguo modelo misionero la misión era delegada a una sola Circunscripción, "cada Provincia una misión", surge de algunos la sugerencia de pensar la colaboración como una forma de misión que implique a toda la Orden. Esto no significa anular el modelo antiguo, sino ampliar la acción misionera pudiendo unir las fuerzas y transmitir el Evangelio a partir de nuestra espiritualidad y de nuestro carisma. Son muchos los nuevos campos de misión que se abren a toda la Orden, como el digital, a través del cual se llega a los más jóvenes, el servicio del cuidado de la ecología integral, el servicio de Justicia, Paz e Integridad de la creación (JPIC), etc.

Algunas respuestas afirman que los superiores deben alentar y encontrar modos de estimular el espíritu misionero para que la misión sea una acción concreta y no sólo una idea o un deseo abstracto. Por lo tanto, es necesario que la fraternidad sea concebida como algo que supera los límites geográficos.

Sintetizando muchas de las respuestas, se puede decir que, para estimular un despertar misionero, es necesario considerar que:

- . la minoridad no es solo un tema de estudio, sino una necesidad que se debe vivir y que nos ayuda a salir de nuestra zona de confort;

- . la vida de oración no puede limitarse a momentos en la capilla, sino que debe ser un continuo escuchar y obedecer a Dios. En efecto, la misión es siempre un "obedecer a la gracia", un lanzarse con valentía confiando en la gracia de Dios;

- . los pobres no son solo personas a las que servir, sino que nos enseñan a vivir con lo mínimo necesario, a encarnar el carisma de la pobreza franciscana en nuestra vida personal.

Para que la misión sea una realidad concreta en nuestras Circunscripciones, según algunos frailes es necesario tener el valor profético de afrontar los problemas de las estructuras físicas

y pastorales, culturales y mentales que obstaculizan el impulso misionero. Más concretamente, tener el valor de cerrar conventos, si es necesario, devolver parroquias, invertir en la formación y confiar más en la gracia de Dios que en nuestras obras. En este sentido, algunos indican que sería oportuno elaborar proyectos interprovinciales con una metodología clara y un objetivo preciso.

Muchos dicen que es necesario un proceso de conversión, sin sustituir los modelos misioneros, asumiendo nuevas posibilidades que respondan a las necesidades urgentes del momento. Pasar de una realidad de confort y comodidad a una plena disponibilidad. Esto significa romper con el *status quo* vigente, superar un modelo ordinario fuertemente marcado por la lógica del mínimo esfuerzo. La conversión está motivada más por el testimonio que por las palabras.

De las opiniones de los frailes se desprende que, tanto en contextos de primera evangelización, contextos de frontera como en el caso de África y parte de Asia, como en contextos de secularización, como en Europa y al menos en parte de América del Norte, así como en contextos más marcados por cuestiones ambientales y problemas sociales, como en el caso de América Latina, el testimonio de una vida simple y pobre y la disponibilidad para ir a cualquier lugar y estar junto a quien sufre será siempre el mejor modo de despertar y alimentar el deseo misionero en la Orden. Para muchos, la "misión capuchina" no es un modelo único para exportar, sino una presencia que sabe escuchar los gritos de la humanidad.

La mayoría de los frailes coincide en afirmar que, en todos los ámbitos, la fraternidad debe ser siempre el primer anuncio, que la minoridad debe ser cultivada como realidad fundamental que favorece la libertad y la apertura al mundo, y que la misión no es una elección accidental, sino el modo más propio de manifestar nuestra identidad. Por ello, son muchos los que insisten en que es necesario cultivar la generosidad y dejar algo para salir, es decir, ser una Orden en salida que camina con la Iglesia y a su servicio, llevando el Evangelio y anunciando a Cristo en todo lugar a partir de la hermosa y rica espiritualidad franciscano-capuchina. En este sentido, la Orden será siempre una reforma en la Reforma, dejándose modelar por la acción del Espíritu Santo, que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5).

La Colaboración Fraternal en la Orden

“La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos.” (Hch 4,32).

“Emprendamos y desarrollemos gustosamente la colaboración entre nuestras circunscripciones, sosteniendo la vitalidad de nuestro carisma y el bien de la Orden más que la supervivencia de estructuras” (Const. 100,2).

1. Introducción

Nos encontramos en este capítulo de nuestra historia no simplemente para resolver problemas logísticos o para gestionar la complejidad de nuestros números, sino para responder a una llamada del Espíritu que resuena con urgencia en toda la Orden. Esta síntesis de las respuestas no es un mero informe estadístico, ni un manual de reorganización institucional. Es, más bien, la fotografía espiritual de un cuerpo vivo –el nuestro– que busca encarnar el carisma de San Francisco de Asís en un mundo globalizado, herido y en rápido cambio.

Vivimos en un tiempo que podríamos definir como de “gracia incómoda”. Las respuestas recibidas desde todos los rincones del mundo, desde las antiguas provincias de Europa hasta las jóvenes iglesias de África y Asia, nos revelan una verdad ineludible: la colaboración interprovincial e internacional ya no es una opción facultativa, ni una medida de emergencia para tapar los agujeros del descenso vocacional. Se ha convertido en el camino principal para vivir hoy nuestra identidad de “hermanos menores”.

En estas páginas emerge que, para muchos frailes, es necesario pasar de una lógica “transaccional” –donde la solidaridad corre el riesgo de reducirse a un intercambio mercantil de dinero a cambio de personal– a una lógica del “don” y de la reciprocidad. Estamos llamados a reconocer que cada fraile, cada cultura y cada Circunscripción son portadores de una riqueza que pertenece a todos. Sin embargo, este camino no está exento de sombras: la fragilidad humana, las barreras lingüísticas, la tentación del funcionalismo y el riesgo de un “encarnizamiento terapéutico” hacia estructuras ya carentes de vida son desafíos reales que requieren un discernimiento valiente.

Esta introducción quiere ser, por tanto, una invitación a leer el texto siguiente no con los ojos del administrador que teme por el futuro, sino con el corazón del peregrino que escruta el horizonte. ¿Estamos dispuestos a dejarnos incomodar? ¿Estamos preparados para pasar de la defensa de nuestros límites provinciales a la profecía de una fraternidad sin fronteras? Que estas páginas sean para nosotros no un punto de llegada, sino un conjunto de estímulos para profundizar la reflexión.

2. El corazón latiente de nuestra identidad

Para encarnar esta identidad es necesario realizar una distinción crucial sobre la calidad de nuestro intercambio fraterno. Muchas respuestas nos invitan a rechazar decididamente el modelo económico o "colonial", caracterizado por una lógica en la que las "Circunscripciones ricas envían dinero y las Circunscripciones pobres envían hermanos". Para estos, la verdadera colaboración exige el paso de la transacción financiera a la reciprocidad y a la generosidad fraterna.

De las respuestas emerge la conciencia de que colaborar significa poner en común los dones del Espíritu: los talentos, los carismas, la cultura, el arte y la fe de cada fraile. No se trata de trasladar personal como piezas para llenar vacíos numéricos, sino de reconocer una interdependencia vital en la que las necesidades de una sola Circunscripción se convierten en las necesidades de toda la Orden. Esto requiere salir del propio "yo" y de las propias seguridades para servir allí donde la Iglesia y la Orden tienen mayor necesidad.

Esta visión teológica encuentra su verificación en lo concreto de la vida. Las respuestas de los frailes identifican ámbitos en los que este espíritu ya se encarna, como en los ministerios específicos dirigidos a los migrantes o a las comunidades lingüísticas (por ejemplo, frailes brasileños en los Estados Unidos o de lengua española en Texas), y en el apoyo vital a las casas de formación interprovinciales y a las misiones, en un flujo que une continentes distintos como África y Europa. Sin embargo, es fundamental recordar que no basta con trabajar juntos; el objetivo último es vivir juntos nuestra identidad carismática. La presencia física y la compartición cotidiana de la vida fraterna poseen un valor cualitativamente superior a cualquier ayuda enviada a distancia.

A pesar de la altura de este ideal, no podemos ignorar las dificultades y los riesgos reales que amenazan con vaciar de sentido nuestra colaboración. Algunos frailes mencionan un peligro tangible que se denomina funcionalismo: usar la colaboración solo como instrumento de "supervivencia" para mantener con vida estructuras que quizás deberían cerrarse, sin una verdadera apertura a la renovación del Espíritu. Se crea así una dicotomía entre una mera "ayuda por necesidad" y una verdadera colaboración profética.

Para algunos, si falta una visión auténticamente fraterna, el intercambio corre el riesgo de degradarse en lo que provocativamente ha sido definido como "Rent-a-Friar" (Alquila un Fraile), un programa de *leasing* de personal carente de alma y de comunión. Además, las diferencias de mentalidad y cultura, si no son afrontados con paciencia y comprensión, pueden convertirse en obstáculos que generan nuevas formas de individualismo dentro de las mismas casas religiosas.

3. Más allá de las fronteras. La profecía de la colaboración fraterna

Como se dijo anteriormente, el primer y mayor fruto de la colaboración no reside en la eficiencia organizativa ni en la simple "cobertura de puestos" vacantes. El verdadero beneficio es teológico y existencial: la expansión de nuestra identidad.

En muchas respuestas encontramos que la colaboración obliga de manera beneficiosa al fraile a superar una mentalidad provincial restringida, abriendo los ojos a la realidad de que su pertenencia es, ante todo, a toda la Orden de los Capuchinos y no solo a su Circunscripción local. Este proceso cultiva una identidad más amplia, verdaderamente "católica" y universal.

En este horizonte, hay frailes que advierten que la colaboración se convierte en un auténtico intercambio de dones. No se trata de transferir mano de obra, sino de compartir riquezas espirituales y humanas. Esto permite valorar los carismas específicos de cada hermano, encontrando a la persona adecuada para un ministerio concreto independientemente de su origen geográfico.

Además, algunos frailes ponen de relieve que estamos asistiendo a un cambio de rumbo histórico que realiza una verdadera reciprocidad misionera. Si en otro tiempo el flujo era unidireccional, hoy vemos a frailes de las "Iglesias jóvenes" (como las de África y Asia) acudir en ayuda de las fraternidades europeas de antigua tradición. Hay quienes señalan que esto resulta particularmente valioso en la atención pastoral a los migrantes, donde la presencia de connacionales consagrados crea puentes de evangelización que de otro modo serían imposibles.

De algunas respuestas se percibe que este camino presenta obstáculos significativos. El principal desafío no es la distancia geográfica, sino la distancia cultural. La buena voluntad, por sí sola, no es suficiente; es necesario adquirir una verdadera competencia intercultural.

Algunos frailes afirmaron que la prueba más ardua para los frailes en colaboración es la flexibilidad mental requerida para adaptarse a estilos de vida diferentes. Las diferencias tocan el corazón de nuestra vida consagrada: nos enfrentamos a diversas concepciones de la liturgia, del modo de vivir la pobreza, del ejercicio de la obediencia y de la misma visión de Iglesia. Esto exige que el fraile salga radicalmente de su propia "zona de confort" para encontrarse con el otro.

Un tema que emerge en los cuestionarios es que la colaboración impone tiempos relacionales acelerados: los frailes deben ser capaces de construir relaciones profundas en tiempos breves para hacer eficaz la fraternidad y la misión. Este esfuerzo humano es notablemente mayor que el requerido a quienes permanecen en su propia cultura de origen. Por este motivo, la colaboración no puede ser improvisada: requiere una preparación lingüística seria, normas establecidas de antemano y, sobre todo, una profunda humildad tanto por parte de quien acoge como de quien llega.

Los frailes también señalaron algunos riesgos sobre los que es necesario vigilar, pues pueden convertir la colaboración en un daño para la Orden. El peligro estratégico más grave es lo que podríamos definir como “encarnizamiento terapéutico”. Sería un error fundamental utilizar la colaboración solo para sostener la agonía de una Circunscripción o para mantener con vida estructuras materiales que ya no tienen futuro. Nuestra misión es generar vida nueva, no prolongar artificialmente la muerte de una presencia ya agotada.

Un segundo riesgo señalado en las respuestas es de carácter espiritual y está ligado a la ambigüedad de las motivaciones. Es necesario un discernimiento riguroso sobre las intenciones de los candidatos, ya que algunos podrían ofrecerse no por celo misionero, sino por la búsqueda de ventajas económicas, estabilidad material o para huir de problemas irresueltos en su Circunscripción de origen.

Otros, además, subrayan que se debe vigilar contra la dependencia económica y el formalismo relacional. Existe el peligro de crear fraternidades en las que se vive juntos sin ser hermanos, comunidades de “solistas” o individualistas, unidas solo por un proyecto formal o por necesidades económicas.

4. De la formación a la misión

En algunas respuestas se encuentra la idea de que la colaboración se encarna ante todo en sectores vitales para la misma supervivencia de nuestro carisma. El ámbito que emerge con mayor fuerza es sin duda el de la Formación. Ella actúa como el motor principal de la integración.

Para muchos, es sobre todo en la formación inicial –postulantado y noviciado interprovinciales– y en el postnoviciado donde la colaboración encuentra su realización más concreta. Pero la mirada se amplía mucho más allá de los confines locales: nuestros “Colegios Internacionales” y las casas de estudio pueden ser lugares proféticos, acogiendo frailes provenientes de todos los rincones del mundo —de la India a Brasil, de África a México— para estudios teológicos o lingüísticos. Estos lugares no deberían ser simples residencias, sino talleres donde se aprende a respirar la universalidad de la Orden.

El segundo gran pulmón de la colaboración, subrayado por muchos frailes, es la Misión. Aquí la solidaridad se manifiesta a través de dos canales distintos pero complementarios: los recursos humanos y los económicos. En el plano humano, asistimos al envío generoso de frailes hacia las custodias misioneras, como en el caso de Papúa Nueva Guinea, o a la acogida de hermanos internacionales en las Circunscripciones locales. En el plano económico, la colaboración se traduce en el apoyo financiero que las Circunscripciones históricamente más sólidas ofrecen a aquellas en vías de desarrollo, especialmente en África e India. Sin embargo, algunos frailes señalan que el apoyo económico, aunque necesario, permanece como una forma de ayuda distinta que la más radical experiencia de compartir de vida.

Además de las casas de formación, se identifican otros instrumentos específicos que facilitan el encuentro entre diferentes Circunscripciones. Un ejemplo es el “Proyecto San Lorenzo” (Fraternidades San Lorenzo). Aquí, frailes de diversas Circunscripciones eligen vivir juntos por un proyecto común; sin embargo, también se señala un límite: a menudo tal experiencia concluye, para el individuo, con el regreso a su Circunscripción, corriendo el riesgo de no dejar una herencia permanente.

Otro instrumento identificado por los frailes, y por alguno llamado de “colaboración ligera”, son las estancias lingüísticas. El envío de frailes al extranjero para el aprendizaje de lenguas, en particular el inglés, prepara el terreno humano y cultural para que intercambios más profundos puedan producirse en el futuro.

La gestión de esta compleja maquinaria no está exenta de obstáculos. La colaboración es descrita por algunos frailes no como un evento puntual, sino como una “carrera de fondo”. Es un proceso cotidiano que requiere tiempo y paciencia para pasar de intentos iniciales a estructuras consolidadas.

Hoy, sin embargo, muchos frailes registran una fragilidad estructural preocupante. Algunos recuerdan cómo el COVID-19 interrumpió o debilitó procesos que parecían iniciados. Otros recuerdan el impacto de la disminución numérica: la falta de vocaciones ha obligado al cierre de colaboraciones históricas, como algunos noviciados comunes que quedaron sin candidatos. Esto nos recuerda severamente que la colaboración necesita “materia prima” humana para existir; sin frailes, las estructuras se derrumban.

Algunos también observan un desnivel organizativo: mientras a nivel de Circunscripción la colaboración está activa en intercambios directos y misiones, a nivel de Conferencia a menudo aparece todavía en fase embrionaria, limitada a veces únicamente al noviciado.

5. De la lógica de la emergencia a la cultura de la sistematicidad. Líneas guía para la Orden

Según muchas respuestas, el aspecto jerárquicamente más crítico no es de naturaleza burocrática, sino antropológica. De la experiencia de muchos emerge que el proyecto de colaboración fracasa si los frailes enviados no son adecuados para la tarea. Es, por tanto, imperativo hacer una distinción clara entre frailes maduros y frailes frágiles. Debemos afirmar con fuerza que la misión internacional no puede ser una “vía de escape” para quien vive dificultades no resueltas en su propia Circunscripción o desea simplemente huir de sus propias responsabilidades.

Por este motivo, algunos proponen la institución de mecanismos específicos, como Comisiones provinciales, dedicadas a una selección rigurosa para evaluar la idoneidad de los candidatos, ya que no todos estamos hechos para la misión internacional. Se subraya que el fraile enviado debe poseer cualidades humanas específicas: una marcada capacidad de adaptación, la humildad necesaria para abandonar sus propias certezas pastorales previas y

la voluntad de “dejar de imponer su propia voluntad” para arraigarse profundamente en la nueva cultura que lo acoge.

Algunos frailes pusieron de relieve que la buena voluntad, por esencial que sea, no basta; por ello, proponen que sea codificada en acuerdos precisos para prevenir dolorosos malentendidos futuros entre la Circunscripción que envía y la que acoge. Antes de iniciar cualquier convivencia, es necesario definir con claridad la Visión, el Propósito y los Valores que animarán la nueva fraternidad. Se necesita un “Estatuto” escrito que delimite por escrito las expectativas recíprocas.

Esta transparencia debe extenderse también a la gestión práctica. Deben definirse a priori los aspectos económicos, la administración, la ubicación y la duración temporal del compromiso. En la base de todo debe haber una comunicación honesta entre las Circunscripciones sobre las necesidades reales y los recursos efectivamente disponibles. En este sentido, se sugiere la creación de una “plataforma” digital u organizativa que haga visibles a nivel global las necesidades de las misiones y las disponibilidades de los frailes, favoreciendo un encuentro transparente entre la oferta y la demanda de carisma.

Algunos frailes son conscientes de que la improvisación es enemiga de la colaboración. Nuestro sistema formativo debe evolucionar para responder a estas nuevas exigencias. Un aspecto fundamental es la inculturación: se requiere una formación específica en la lengua y la cultura del lugar, tanto antes de la partida como durante el encargo. La vida del fraile no puede ser la de un turista espiritual, sino que debe estar “arraigada en el lugar”.

Además, ha surgido la propuesta de reconsiderar los tiempos de la formación inicial, reduciendo quizá el exceso de teoría para dar más espacio a experiencias misioneras concretas sobre el terreno. Esto permitiría a los jóvenes frailes “testear” su vocación a la colaboración internacional antes de asumir compromisos definitivos.

Por último, hay quienes insisten en que debemos vigilar contra una deriva peligrosa: el funcionalismo. Emerge una crítica importante frente al riesgo de transformar la colaboración en un mero “plan de mejora institucional” (*business plan*) o en una respuesta estratégica a la disminución numérica. En las respuestas encontramos que nuestra colaboración debe tener una base espiritual sólida. Debe fundarse en la igualdad radical entre los hermanos – rechazando la idea de que existan frailes de “serie A” y de “serie B” – y debe adoptar el método sinodal para la gestión de la vida común, donde cada voz tiene valor.

6. Análisis de las esperanzas, de las condiciones y de los temores de los frailes frente a la llamada universal

El conjunto de las respuestas revela que existe en la Orden una reserva de generosidad sorprendente. La actitud predominante es la de una apertura fundamental. Muchos frailes motivan su disponibilidad redescubriendo la identidad franciscana originaria: la de ser “peregrinos y forasteros”, llamados a anunciar el Evangelio sin fronteras geográficas.

En esta visión, la pertenencia a la Orden universal prevalece sobre la pertenencia a la Circunscripción particular. Hay un deseo sincero de vivir la interculturalidad no como un problema, sino como una riqueza que rompe la rutina y revitaliza la consagración. Impresiona profundamente la humildad que emerge de muchas respuestas: existe la disponibilidad a desempeñar incluso los servicios más sencillos –como el de portero– siempre que se vivan en un contexto de auténtica fraternidad.

Sin embargo, este impulso generoso no es ciego ni incondicional. Algunos frailes plantean una distinción crucial entre “colaboración para la vida” y “colaboración para la estructura”. Surge un claro rechazo, casi unánime, hacia proyectos que apuntan únicamente al mantenimiento del *status quo*. La voz de los frailes resulta clara en la expresión que hemos encontrado en una de las respuestas: “Sí, si hay una renovación del carisma; no, si es solo para hacer guardia a los muros”.

Así, muchos subrayan que la condición esencial para partir no es el confort, sino el deseo de vivir auténticamente nuestra identidad carismática. Se pide que el nuevo destino garantice una vida de oración real, simplicidad y comunión fraterna. Los frailes temen ser reducidos a mano de obra para cubrir vacíos pastorales o para mantener en pie edificios vacíos; buscan, en cambio, lugares donde se busquen hermanos para la misión, no custodios para las piedras.

Sin embargo, también ha habido respuestas negativas. En la mayoría de los casos, el “no” a la partida no nace de la falta de voluntad o del egoísmo, sino de la toma de conciencia de límites objetivos insuperables. Vale el adagio evangélico: “el espíritu está pronto, pero la carne es débil” (Mc 14,38).

El obstáculo técnico más señalado es la barrera lingüística: muchos frailes temen no ser ya capaces de aprender nuevas lenguas y resultar ineficaces en la evangelización. Muchos frailes han citado también el factor de la edad y la salud. El envejecimiento es un freno real: frailes de cincuenta o sesenta años sienten que ya no tienen las energías para comenzar de cero en una cultura distinta, temiendo convertirse en “una carga” para los hermanos en lugar de una ayuda. A esto, algunos añaden también el sentido de responsabilidad hacia los encargos actuales, que crea un conflicto interior entre el deseo de partir y el deber de permanecer fieles al servicio presente.

Por último, la investigación pone de relieve el papel central, y a veces ambivalente, de la obediencia. Un grupo significativo de frailes remite toda decisión a la autoridad, declarando su disponibilidad solo “si el gobierno de la Circunscripción lo pidiera expresamente”. Algunos señalan que esta actitud, si por un lado demuestra una gran confianza en los superiores, por otro revela una cierta pasividad. Falta a veces la iniciativa personal, a la espera de que sea la institución la que dé el primer paso.

7. La Colaboración como fruto de vida

De las respuestas emerge que el obstáculo más difícil para la colaboración no es la falta de recursos, sino la crisis de identidad. Hay quien afirma que es ilusorio pensar en promover proyectos comunes si faltan los pilares de nuestra vida: la fraternidad, la minoridad, la oración personal y comunitaria, la contemplación y un fuerte sentido de pertenencia capuchina.

Se insiste en que debemos superar la lógica del funcionalismo. La colaboración no puede ser reducida a un reglamento administrativo; debe ser formada "espiritual y humanamente". Sin una verdadera "conversión de las actitudes" y un cambio del corazón, todo acuerdo, por bien redactado que esté, permanecerá como un simple "contrato funcional" carente de vida.

Mirando el conjunto de las respuestas y teniendo presente nuestra dimensión misionera, podemos decir que el panorama actual revela una tensión entre deseo y realidad. Con demasiada frecuencia la misión es percibida como una "opción personal", un interés particular de algún hermano fervoroso, más que como una urgencia ineludible que pertenece al carisma y a la comunidad entera.

De manera general se percibe que las amenazas que apagan nuestro entusiasmo son: la falta de fervor, identificada como el límite principal, y un sentimiento de miedo e inseguridad generado por la disminución numérica y la escasez de medios. Esto indica que será necesario reencontrar los estímulos para predicar el Evangelio con valentía, no solo en tierras lejanas, sino también en nuestras tierras de origen.

Un aspecto delicado pero crucial, planteado por muchos frailes, se refiere a la gestión económica de la colaboración. Será importante definir una verdadera "teología de los recursos" para sanar las relaciones entre las Circunscripciones. Debe afirmarse con claridad un principio ético: cuando una Circunscripción ofrece apoyo financiero a otra, ese dinero no debe ser interpretado nunca como un salario o una remuneración contractual. Por ello, algunos proponen que la contribución económica sea vivida como expresión de una "responsabilidad compartida" por la única misión de la Orden. Solo esta claridad puede purificar nuestras relaciones del riesgo de la dependencia económica, fundándolas en cambio sobre la confianza fraterna.

Algunos frailes, además, señalan que la comunión pasa también por la precisión del lenguaje. Se indica la necesidad de disipar las ambigüedades terminológicas que complican el diálogo institucional, en particular en lo referente al uso del término "Circunscripción", que asume significados distintos según los contextos. Por ello, se solicita la redacción de un documento oficial que fije términos técnicos precisos, para evitar malentendidos en las traducciones y garantizar que todos hablamos el mismo lenguaje jurídico y carismático.

8. Conclusión

Este camino de análisis y discernimiento nos invita a elevar la mirada desde los datos concretos para abrazar la visión de conjunto de nuestra vocación. Hemos descubierto luces y

sombras de nuestra realidad actual, tocando con la mano la generosidad de tantos hermanos dispuestos a partir, pero también las heridas de nuestras fragilidades estructurales y humanas. De lo expuesto anteriormente se puede deducir la necesidad de que el próximo CPO profundice la reflexión en estas direcciones:

Ante todo, haciendo crecer la conciencia de que la colaboración fraterna requiere una conversión estructural y espiritual. Ha quedado claro que no basta la buena voluntad: se necesita una estructura sólida hecha de estatutos claros, acuerdos transparentes y una formación adecuada a la interculturalidad. La improvisación ya no es sostenible; el amateurismo en la gestión de los recursos humanos y económicos corre el riesgo de comprometer la misión misma.

En segundo lugar, ha aparecido la urgencia de contar con una "teología de los recursos" purificada: el dinero y el personal no son monedas de cambio para adquirir poder o supervivencia, sino instrumentos de la Providencia que deben compartirse con responsabilidad y gratuidad. Un gran desafío es dejar de usar la colaboración como un "respirador artificial" para mantener con vida museos del pasado, y comenzar a usarla como levadura para nuevas formas de presencia evangélica, incluso allí donde hoy no estamos.

Por último, de muchas respuestas permanece clara la centralidad de la dimensión carismática. Sin una vida de oración profunda y una fraternidad real, todo proyecto de colaboración internacional está destinado a fracasar, reduciéndose a una convivencia de solitarios. Se subraya que el fraile capuchino del futuro es aquel que sabe habitar la tensión entre el arraigo en su propia cultura y la apertura a lo universal, sintiéndose en casa allí donde haya hermanos.

Dejemos, por tanto, que estas páginas de síntesis de las muchísimas respuestas que las Circunscripciones, las fraternidades y también algunos frailes individualmente nos han ofrecido contribuyan realmente a la reflexión y no queden como letra muerta en nuestros archivos. Que el IX CPO pueda ofrecer indicaciones concretas para que la nuestra sea un Orden que no tenga miedo de disminuir en número si esto significa crecer en la caridad. Que san Francisco de Asís nos conceda la audacia de "comenzar de nuevo", no para conservar las cenizas, sino para custodiar y transmitir el fuego de nuestra misión en el mundo. ¡Adelante, con confianza!

Las Fraternidades San Lorenzo de Bríndisi en la Orden

“Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la volverá a salar? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por los hombres. Ustedes son la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad situada en la cima de una montaña. Y no se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino que se la pone sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa. Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo”. (Mt 5, 13-16).

“Es necesario que conozcamos el carácter y el proyecto de vida de nuestra Fraternidad, para mantenernos siempre fieles al Evangelio y a nuestra genuina tradición espiritual, en el retorno a la primigenia inspiración, es decir, a la vida y Regla de nuestro Padre San Francisco, mediante la conversión interior, de tal manera que nuestra Orden esté en continua renovación. Con este propósito esforcémonos en dar prioridad a la vida de oración, principalmente la contemplativa. Practiquemos una pobreza radical, tanto personal como comunitaria, animada por el espíritu de minoridad, viviendo como peregrinos y forasteros en este mundo, y ofrezcamos el ejemplo de una vida austera y una penitencia alegre por amor a la cruz del Señor. Congregados en Cristo como en una sola familia peculiar, cultivemos entre nosotros la espontaneidad fraterna, vivamos gozosos entre los pobres, débiles y enfermos, al tiempo que compartimos su misma vida, y mantengamos nuestra particular cercanía al pueblo. Promovamos la dimensión apostólica de nuestra vida, realizándola siempre con espíritu de servicio y de minoridad, ante todo con la evangelización, y también con otras maneras acordes con nuestro carisma”. (Const. 5, 2-5)

1. Introducción

Las Fraternidades San Lorenzo (FSL) no nacieron de una decisión arbitraria, proveniente desde arriba, sino a través de encuentros de varios frailes que maduraron el deseo de «reavivar –juntos– la llama de nuestro carisma». Frente al desafío de la secularización, de la evangelización y de la rápida desaparición de nuestras presencias en Europa Occidental, se planteaba la idea de constituir fraternidades-signo para mantener vivo nuestro carisma y ponerlo al servicio de la Iglesia y del mundo. La idea, desde el inicio, preveía una responsabilidad común que fuera más allá de las propias Provincias, de modo que en las regiones en las que, debido a la presencia cada vez más escasa y a la falta de fuerzas propias, se pudieran crear, con esfuerzos conjuntos, fraternidades internacionales que, a la luz del Evangelio y de las Constituciones, vivieran de manera auténtica y coherente la oración, la vida fraterna y la misión, como menores y pobres. No se trataba ante todo de salvar los lugares o las estructuras, sino de renovar nuestra forma de vida. Durante el sexenio 2012-2018, el Ministro general y su Consejo fueron los principales promotores del proyecto, que entonces se llamaba «Proyecto Europa». Una etapa importante de este proceso fue el encuentro que reunió a todos los superiores mayores de Europa junto con el Consejo general y los Presidentes de las

Conferencias, del 1 al 5 de diciembre de 2014 en Fátima. En efecto, a raíz de este encuentro, el Ministro general y su Consejo decidieron crear una Comisión para acompañar la creación de las nuevas fraternidades.

Al mismo tiempo, para clarificar lo que se pide a los hermanos que se comprometen a vivir en ellas y para dar coherencia a todos, se elaboraron unas líneas guía. Profundamente arraigado en nuestras Constituciones, este texto fue perfeccionado y madurado en varias fases por los frailes interesados y ya implicados en el proyecto y por la Comisión. Con el paso del tiempo, viendo los buenos frutos, el proyecto se desarrolló también fuera de Europa, tomando el nombre de Fraternidades San Lorenzo. Actualmente existen 12 FSL: 9 en Europa y 3 en las Américas.

2. La idea de las FSL y cómo fue comprendida por los hermanos en la Orden

El Ministro General, en la Carta programática para este sexenio, escribe:

Una modalidad con la cual la Orden está tratando de vivir su propia identidad carismática es el proyecto de las Fraternidades San Lorenzo de Brindis. En ellas se propone, a la luz del Evangelio y de nuestras Constituciones, vivir de manera auténtica y coherente la oración, la vida fraterna y la misión, como menores y pobres, con el importante recurso de la interculturalidad.

"Una modalidad": las FSL son, por tanto, una modesta iniciativa –en absoluto exclusiva– para animar la llama de nuestro carisma en la Orden. No son ni "fraternidades piloto" ni "fraternidades modelo". Se trata simplemente de frailes que, convencidos de la belleza de nuestra vocación y de su valor para nuestra sociedad, aceptan trazar con sencillez y confianza el camino de una presencia viva y evangélicamente significativa. De hecho, gracias a Dios, en muchas otras fraternidades este ideal se vive con la misma fuerza e intensidad. Por tanto, por parte de las FSL no existe ninguna pretensión de exclusividad.

Son dos las particularidades que caracterizan el proyecto FSL.

En las FSL se busca vivir de manera auténtica y coherente los cuatro aspectos esenciales de nuestra vida: oración, fraternidad, minoridad/pobreza, misión, según las líneas guía comunes a todo el proyecto.

Las FSL tienen un carácter internacional e intercultural. En un mundo globalizado e interconectado, pero siempre generador de individualismo, el testimonio de una fraternidad en la que están presentes diversas culturas parece ser una propuesta válida y actual para responder a los signos de los tiempos. Evidentemente, es también un verdadero desafío. Pero la experiencia muestra que el signo de una fraternidad internacional, de todos modos, habla al mundo de hoy.

La primera particularidad diferencia a las FSL de las otras fraternidades internacionales donde los hermanos no ponen en foco de manera explícita las líneas guía mencionadas. La

segunda particularidad diferencia a las FSL de las fraternidades que viven este estilo de vida dentro de las propias Circunscripciones, pero sin la dimensión internacional.

De las respuestas recibidas de la Orden al cuestionario emerge una visión de las FSL no como simples estructuras administrativas, sino como catalizadores espirituales. Su objetivo último es "alimentar la llama" de los orígenes para contagiar positivamente a toda la Orden. Es un intento de retorno a los orígenes y de renovación de la identidad franciscano-capuchina. Las FSL son vistas como una respuesta creativa a los desafíos actuales, tales como la disminución de las vocaciones (especialmente en Europa), la secularización y la necesidad de mantener el carisma capuchino en áreas en declive sin limitarse a cerrar estructuras. Un elemento importante es la composición intercultural e internacional de las fraternidades, entendida como un signo de comunión que habla por sí mismo. Al mismo tiempo, se pone de relieve una tensión entre el reconocimiento del valor profético de la iniciativa y las dificultades prácticas de su realización.

3. Frutos ya visibles y frutos esperados para el futuro de la Orden

Los frutos que son visibles hasta ahora pueden dividirse en tres categorías:

Una riqueza para la formación permanente e inicial

diversos hermanos, viviendo con sencillez en el estilo de vida propuesto por las Líneas guía, han renovado su "sí" a Dios, fortaleciéndose en el aspecto vocacional y motivacional;

diversos hermanos provenientes de aquellas partes del mundo en las que la Orden se está desarrollando y donde existe un fuerte énfasis en la dimensión pastoral han redescubierto la importancia de otros aspectos del carisma;

diversos frailes en formación inicial han encontrado en las FSL un claro ejemplo de vida capuchina y han vivido en ellas un importante período de discernimiento vocacional.

Atracción hacia nuestro carisma en el ámbito de la pastoral juvenil-vocacional: en diversos lugares donde hay FSL se observa un movimiento de personas dispuestas a compartir nuestro estilo de vida. Estas Fraternidades resultan, por tanto, un signo creíble para la pastoral vocacional.

Testimonio de nuestra forma de vida: en algunas zonas de Europa, las FSL constituyen prácticamente el único modo de encontrar nuestra forma de vida, despertando en la gente el deseo de acercarse a los sacramentos y de retomar la vida cristiana.

La mayoría de las opiniones recibidas de los hermanos alaba la iniciativa, reconociendo su potencial para el futuro de la Orden. Las FSL son consideradas un espacio favorable para la renovación del carisma, donde los hermanos se comprometen a vivir con simplicidad y coherencia aquello que nos caracteriza como capuchinos. Se valora la dimensión misionera, es decir, la capacidad de abrir nuevos escenarios de evangelización, especialmente en contextos difíciles o donde la presencia capuchina está en riesgo, actuando como un signo

profético para el mundo y para la misma Orden. El proyecto favorece la colaboración entre las diversas jurisdicciones, permitiendo el intercambio de personal y enriqueciendo la formación de los frailes a través de la experiencia de la diversidad.

4. Riesgos, dudas y desafíos que es necesario tomar en consideración

Junto a las valoraciones positivas, emergen también dudas relativas al impacto y a la gestión de las FSL. Existe el temor de que las FSL sean percibidas como una "élite espiritual" o como las únicas fraternidades "auténticas", desvalorizando implícitamente la vida vivida en las demás comunidades de la Orden que afrontan los desafíos cotidianos. Algunos observan que no hay nada único en las FSL respecto de lo que ya debería vivirse en cada casa capuchina. El carisma, de hecho, debería vivirse en todas partes, no ser delegado a grupos seleccionados. Existe además una falta de información clara sobre lo que hacen concretamente y sobre cómo se diferencian de otras realidades dentro de la Orden.

Un desafío nada menor es la integración de hermanos provenientes de culturas, lenguas y mentalidades diferentes. Para ello es necesario evaluar a los candidatos, prepararlos y acompañarlos, y todo esto requiere tiempo. Entre los riesgos está también el temor de que el proyecto sirva más para "salvar las estructuras" o mantener posiciones históricas que para un verdadero renovarse del carisma y una mayor apertura misionera. Algunos advierten que crear nuevas fraternidades FSL no resuelve mágicamente la crisis espiritual si no hay una conversión interior de todos los frailes. El carisma está vivo también sin las FSL, si se vive con coherencia.

5. Perspectivas de las FSL para reavivar nuestro carisma en la Orden

Teniendo en cuenta los objetivos de las FSL, es decir, que no son simples estructuras administrativas sino catalizadores espirituales, pueden contagiar positivamente a toda la Orden. La contribución principal de las FSL se identifica en la capacidad de encarnar lo esencial, liberándose de estructuras pesadas, y de replantear los compromisos pastorales de tal manera que se evite todo aquello que sofoca la vida fraterna. La vitalidad del proyecto depende de la observancia fiel y auténtica de cuatro dimensiones que constituyen la *carta magna* de nuestro carisma: oración, fraternidad, pobreza/minoridad y misión. Sin esta autenticidad vivida, el proyecto pierde su sentido. La función primaria de las FSL es "ser" antes que "hacer", según lo que afirman nuestras Constituciones: «La vida fraterna es fruto y signo de la fuerza transformadora del Evangelio y del advenimiento del Reino» (Const. 13, 4). La visibilidad de una vida fraterna auténtica actúa como llamada vocacional y como provocación positiva tanto para los frailes mismos como para el mundo. Muchos ven en las FSL un test para el futuro de la Orden, un taller de cómo vivir el carisma en el siglo XXI, marcado por cambios culturales fuertes y rápidos. La novedad del proyecto reside en la superación de los límites de la propia Provincia, ofreciendo una respuesta concreta al estancamiento, especialmente en el mundo occidental, y a la hiperactividad, especialmente en las regiones donde la Orden está en desarrollo.

La composición intercultural es considerada un recurso para la evangelización: demostrar que hermanos de culturas diversas pueden vivir unidos en Cristo es, en sí mismo, un potente acto de testimonio evangélico en cualquier contexto cultural. Las FSL permiten mantener o abrir presencias en lugares difíciles (entre los pobres, migrantes, en zonas secularizadas) donde hay una necesidad urgente de nuestro carisma y donde las provincias individuales no tendrían la fuerza para actuar por sí solas. Permiten un intercambio vital de recursos: por una parte, las provincias jóvenes y ricas en vocaciones pueden ayudar con personal a las de antigua tradición que están en declive, garantizando la continuidad de nuestro carisma; por otra parte, las primeras pueden también beneficiarse de la rica tradición carismática de las segundas, verificando la vivencia del carisma en sus propias condiciones culturales.

Sin embargo, las opiniones acerca de la utilidad y la aplicabilidad del proyecto divergen según la procedencia geográfica de las Conferencias. En el contexto occidental (Europa/Norteamérica), el proyecto es visto como vital y necesario para contrarrestar el envejecimiento y la disminución numérica. En el contexto de crecimiento numérico (África/Asia), el proyecto es a veces percibido como no necesario o difícil de aplicar debido a las diferencias culturales y rituales. En el contexto de América Latina, en algunos casos (por ejemplo, la Amazonía) el proyecto funciona, mientras que en otros se percibe el intento de "trasplantar" un modelo europeo en una realidad latinoamericana con escasos resultados.

Para que las FSL puedan alcanzar su objetivo, es decir, contribuir a reavivar nuestro carisma en las diversas partes de la Orden, es importante:

Integración y no aislamiento: es imperativo que las FSL no sean "islas" o cuerpos extraños. Deben interactuar constantemente con las fraternidades locales de la Circunscripción para favorecer un intercambio de dones y no crear fracturas.

Formación específica: se requiere una preparación cuidada de los frailes que forman parte del proyecto (especialmente lingüística e intercultural) y un acompañamiento espiritual constante.

Rotación y ósmosis: se sugiere que la experiencia no sea exclusiva para unos pocos: los frailes de distintas partes del mundo deberían poder visitar las FSL o vivir en ellas temporalmente, para luego llevar el espíritu renovado a sus propias provincias. El itinerario formativo de los hermanos en formación inicial podría prever la experiencia en una de las FSL. Esto serviría para enriquecer y fortalecer la transmisión del carisma a los jóvenes frailes y para formar una nueva generación con sensibilidad misionera. De hecho, la experiencia vivida es más poderosa que la simple escucha. Por otra parte, también los frailes que viven en las FSL podrían participar con mayor frecuencia en los diversos encuentros en las provincias para compartir su experiencia cara a cara, superando la frialdad de los documentos escritos.

Visibilidad y narración: existe una fuerte demanda de mejorar la calidad y la cantidad de la información, a menudo escasa o inexistente. Las FSL deberían aprender a "promocionarse" mejor. Se sugiere el uso de videos, boletines y testimonios digitales que muestren la vida

cotidiana en las fraternidades y no solo la teoría. La comunicación no debe ser esporádica. Es necesario un flujo continuo de noticias (a través de la página web de la Orden o de cartas circulares) que presente paso a paso las realidades existentes, creando un sentido de familiaridad y pertenencia en toda la Orden.

Apoyo institucional: los Ministros y los Custodios deberían ser los primeros *"sponsor"* del proyecto, informándose adecuadamente y permitiendo a los frailes participar en él, o incluso invitándolos explícitamente a partir, superando las resistencias locales y el provincialismo. Para hacer posible la internacionalidad, deberían también cuidar seriamente la formación lingüística de los frailes (basada en las lenguas vehiculares de las Conferencias), superando la barrera comunicativa que frena a muchos candidatos.

En síntesis, las FSL son consideradas un instrumento válido y urgente para "romper los esquemas" y mostrar que una vida capuchina auténtica es siempre posible. Sin embargo, su existencia tiene sentido solo si actúan como levadura para toda la masa de la Orden, impulsando a todas las fraternidades a una revisión de vida, más que a encerrarse en una perfección aislada. El objetivo a largo plazo es que el espíritu de las FSL se convierta en la norma. No debe existir una dicotomía entre "fraternidades FSL" y "fraternidades ordinarias": cada Circunscripción debería tender a ese modelo de renovación misionera. Hay quienes lanzan el desafío, como horizonte temporal y estratégico, de tener una presencia FSL (o una fraternidad similar) en cada Provincia dentro de 10 años, haciéndola parte integrante del tejido de la Orden y no un cuerpo extraño.

6. Las FSL en el próximo CPO: taller práctico para vivir la misión y colaboración en la Orden

El análisis de las respuestas pone de relieve que las FSL no son percibidas como un elemento en sí mismo, sino como la síntesis concreta y operativa de los dos grandes temas del próximo Consejo Plenario: la Misión y la Colaboración. La idea más importante es que no existe una separación real entre FSL, Misión y Colaboración. Las FSL son consideradas la encarnación práctica de estos conceptos, "una de las expresiones fundamentales" de la dimensión misionera y de la colaboración. No son un "tercero incómodo", sino el lugar donde estos dos valores se fusionan: la misión da verdaderos frutos en la medida en que se realiza en un profundo sentido de la propia identidad carismática, y la colaboración internacional aumenta su fuerza; la colaboración fraterna asume una dimensión misionera, dando un claro testimonio de vida evangélica y evitando reducirse al mantenimiento de estructuras, en la medida en que se basa en el carisma comúnmente entendido y vivido. Puesto que la supervivencia de la Orden y su dinamismo misionero dependen de la capacidad de colaborar más allá de los límites provinciales, las FSL son un taller para este futuro necesario.

En cuanto al papel que las FSL deben tener en el próximo Consejo Plenario, emergen dos líneas de pensamiento:

muchos consideran que las FSL no deben ser tratadas como un tema distinto o aislado, sino discutidas dentro de los temas de la Misión y de la Colaboración. Tratarlas por separado

correría el riesgo de hacerlas aparecer como una "iniciativa de nicho" para pocos frailes, mientras que deben inspirar a toda la Orden.

Otros sostienen que, aun estando integradas, deben ocupar un espacio relevante ("gran parte del CPO"), precisamente porque interpelan a la Orden sobre su capacidad de renovarse y colaborar, yendo más allá de las formas tradicionales de evangelización (parroquias y misiones populares), que ya son conocidas.

Un punto crucial que surgió es la distinción cualitativa de las FSL respecto a las misiones clásicas. Se subraya que las FSL se refieren primariamente a la presencia (vivir las Constituciones, la oración, la vida fraterna) y no solo a la actividad misionera. Mientras que la "misión" se asocia a menudo con el "hacer", las FSL deben dar testimonio del "ser".

En síntesis, para el próximo CPO, las FSL no deberían ser presentadas como un "proyecto especial" separado de la realidad, sino como un taller práctico donde la Orden aprende a vivir la misión a través de la colaboración y a vivir la colaboración en clave misionera. Ellas son la prueba de que la teoría del CPO puede convertirse en vida vivida.